





# La sogá de los muertos

 Sudaquia  
editores  
New York, NY.



Colección



Sudaquia

# La sogá de los muertos

Antonio Díaz Oliva

Sudaquia Editores.  
New York, NY.

LA SOGA DE LOS MUERTOS BY ANTONIO DÍAZ OLIVA

Copyright © 2016 by Antonio Díaz Oliva. All rights reserved

La sogá de los muertos.

Published by Sudaquia Editores

Collection design by Sudaquia Editores

Cover image by Vicente Irrarázaval (“Nodo 4”)

Author image by Carla McKay

First Edition Alfaguara

2011

First Edition Sudaquia Editores: julio 2016

Sudaquia Editores Copyright © 2016

All rights reserved.

Printed in the United States of America

ISBN-10 1938978366

ISBN-13 978-1-938978- -

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Sudaquia Group LLC

New York, NY

For information or any inquires: [central@sudaquia.net](mailto:central@sudaquia.net)

[www.sudaquia.net](http://www.sudaquia.net)

The Sudaquia Editores logo is a registered trademark of Sudaquia Group, LLC

This book contains material protected under International and Federal Copyright Laws and Treaties. Any unauthorized reprint or use of this material is prohibited. No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording, or by any information storage and retrieval system without express written permission from the author / publisher. The only exception is by a reviewer, who may quote short excerpts in a review.

This book is a work of fiction. Names, characters, places, and incidents either are products of the author’s imagination or are used fictitiously. Any resemblance to actual persons, living or dead, events, or locales is entirely coincidental.



# Índice



Mr. Nobody	14
El Beat	18
Asuntos personales	38
Asuntos grupales	62
El fin del mundo	74
Fin de la campaña	84
1997	96
La sogá de los muertos	114
Nota a esta nueva edición	119



*A Miguel.*

*Y a Pilar.*



It is only the vividness of memory  
that keeps the dead alive forever.

JOHN IRVING, *The World According to Garp*

Además, los muertos no están  
condenados a yacer en sus ataúdes.

JOSÉ SANTOS GONZÁLEZ VERA, *Alhué*

**Mr. Nobody**

Un impulso. Sin pensarlo, el niño se paró y apagó el televisor. Bajó las escaleras de su casa. Salió al pasaje. Era comienzos de verano y el sol quemaba. Su madre, lo sabía, se hallaba en el trabajo. De su padre, en cambio, no tenía idea dónde podría encontrarse. Vio que el perro de los vecinos estaba afuera; no llevaba correa y mordía una pelota de plástico desinflada. Jugó con el quiltro un rato, le tiró el balón y el perro respondió arrastrándolo de un lugar a otro.

Salió del pasaje.

Caminó hacia una calle cercana. En una muralla había un dibujo de Mr. Nobody apuntando a una burbuja en cuyo interior habían pintado, en blanco, *Parra al Nobel*. Abajo –en letras pequeñas– se leía: P.A.R.R.A. El niño recogió una rama caída de un árbol cercano. Comenzó a raspar la muralla: de a poco Mr. Nobody y su burbuja fueron borrándose. Solo quedó el color grisáceo del cemento del muro. El niño metió sus manos sucias con restos de pintura en los bolsillos y regresó al pasaje polvoriento. A ese pasaje con portón negro en el que también se podía leer *Parra al Nobel, ¡ahora!* en letras grandes.

Esta vez no jugó con el perro. Simplemente lo miró mientras caminaba a su casa. Y el quiltro, tendido a la sombra, respirando agitadamente, sin despegar el hocico del cemento y con la lengua fuera, le devolvió la mirada.

El niño entró a su casa. Subió a su pieza y prendió la tele: en la pantalla unos dibujos animados japoneses peleaban en el espacio. Se lanzaban rayos, volaban y un hálito celeste los protegía de los ataques de sus rivales. El niño se acomodó en su cama. Quedó en la misma posición en que estaba antes de salir.

Permaneció toda la tarde así: postrado, como esperando algo.





**El Beat**

Dicen que Allen Ginsberg llegó al aeródromo Los Cerrillos, el entonces aeropuerto de Santiago de Chile, una calurosa mañana de enero de 1960. De equipaje solo llevaba un gran bolso buhonero y una caja de cartón llena de libros. Venía sonriente. Más que un intelectual neoyorquino, del Greenwich Village, parecía un chilote con el pelo enmarañado. Dicen que Ginsberg no se había afeitado en un tiempo y que también olía mal. Que las azafatas, en el avión, hicieron lo posible por evitarlo durante el vuelo que iba desde Nueva York, con escala Río de Janeiro, y destino Santiago de Chile.

Lo primero que Ginsberg dijo, al salir del aeropuerto, dicen, fue un *I'm here to have fun*, frase que uno de los pocos periodistas presentes, aún no se sabe si por su rústico inglés o por saña, publicó en un diario matutino como: *I'm here to fuck one* junto a una foto del poeta gringo con el pelo revuelto. Y los ojos rojos.

También dicen que esa misma mañana Ginsberg fue llevado al hotel Panamericano. Que luego enfiló al zoológico. Y que ahí, en un parque casi vacío, con apenas un par de familias y parejas de jóvenes paseantes, el poeta gringo les habló a los animales. Algunos lo confundieron con Fidel Castro. Otros lo miraron feo. Ginsberg entabló una amistad con el oso hormiguero y a los otros animales, especialmente a los loros o los monos, les gritó hasta conseguir alguna reacción. Dicen los presentes que Ginsberg hablaba en

inglés, recitaba versos suyos, de Walt Whitman y de William Carlos Williams. De todos los animales, el único que contestó fue el oso: soltó un par de gruñidos mientras Ginsberg entonaba trazos inconexos de *El aullido*, su obra más célebre; ese poema largo, generacional y triste, si es que tal cosa existe.

Dicen que a la mañana siguiente, luego de la jornada en el zoológico y de que Ginsberg se pasara durmiendo el resto del día, el plan era enfilar hacia el sur. Porque Ginsberg estaba invitado al Primer Encuentro de Escritores Americanos en la Universidad de Concepción.

Y por eso andaba en Chile.

Aunque fue ahí, a la salida del hotel, aún en Santiago, a punto de irse a Concepción, cuando dos jóvenes se le acercaron tímidamente. Y le pidieron una entrevista. Y Ginsberg accedió feliz: hablaron por dos horas. O tal vez más, ya que los jóvenes, que colaboraban en un pasquín universitario, sabían un poco de inglés. De todas maneras fue el español caribeño de Ginsberg lo que les permitió entablar algo parecido a un diálogo. Un español que, según les dijo el poeta gringo entre risitas, lo aprendió en su época de marino mercante cuando recorrió Centroamérica, cuando leyó *Moby Dick*, cuando escribía versos en papeles sueltos que luego él mismo cosía y vendía en San Francisco.

Dicen que durante esas dos horas de entrevistas se conversó sobre temas como: el estado de la literatura estadounidense, ciencia ficción, homosexualidad, Vietnam, Fidel Castro, poetas chilenos, vino, cocaína, Hemingway, San Francisco, Bob Dylan, la Unión Soviética, y que al final de la entrevista Ginsberg les preguntó por drogas psicodélicas chilenas. Ojalá de los indios aborígenes de esta tierra, dijo Ginsberg. Y ante el silencio de sus entrevistadores, agregó que ayahuasca, busco ayahuasca; el yagé, *banisteriopsis caapi*, mariri o pildé, como se llame, como le digan acá, para eso vine al fin del mundo. Pero los jóvenes, con ganas de sorprenderlo, le respondieron que no sabían de eso, de aquella droga, y solo se esmeraron en recomendarle el chamico. Le dijeron que Vicente Pérez Rosales lo catalogaba como el estupefaciente de los mapuches. Y al parecer eso le bastó a Ginsberg, ya que arqueó las cejas, esbozó una sonrisa amplia y anotó eso en una libreta destartada que parecía haber sufrido el embate de varios derrames de cafés y otras sustancias. Dijo: gracias, gracias, estoy agradecido profundamente. Y luego, dicen, agarró su bolso de buhonero, se despidió y caminó de vuelta al hotel, donde la furgoneta que lo llevaría a Concepción lo había estado esperando todo este tiempo. Y se fue.

P lo subrayaba. P lo hojeaba por lo menos una vez al día. Lo tenía casi desecho; las páginas sueltas y todas sucias y manoseadas. Era su libro de cabecera: *Poemas y antipoemas*.

P entonces era un estudiante joven y *Poemas y antipoemas* era uno de los escasos libros que tenía. Parra, además, era uno de los pocos poetas que entendía y admiraba. El resto no le interesaba; se le hacían complicados y a veces muy académicos. Tampoco los demás escritores y artistas de la época le llamaban la atención. Ni le parecían cercanos. Por eso P recordaba la ocasión, la única ocasión, en que se había topado con Nicanor Parra. En una fuente de soda. En Concepción.

Así:

Nicanor Parra llega, se sienta, come una cazuela de carne, hace un par de ejercicios de física en una servilleta, los resuelve rápidamente, pide la cuenta y se larga. P, entonces estudiante de filosofía de la Universidad de Concepción, queda sorprendido, con la boca abierta; le cuesta reaccionar. Es primera vez que ve a un escritor. Corre a la mesa donde ha estado Parra y se guarda la servilleta en un bolsillo que se palpa reiteradas veces. Lo hace como quien agradece un billete que encuentra fortuitamente en la calle y le da golpecitos a su pantalón para cerciorarse de que sigue ahí. Luego, vuelve a los papeles y cuadernos que tiene sobre la mesa, pero no puede concentrarse. A los pocos minutos sale del bar camino a la residencial de estudiantes donde vive. Prende un cigarro. Se palpa el muslo para sentir, una vez más, la servilleta y más tarde anota todo en un cuadernillo con tapa de cuero café que usa como diario de vida.



P recordó eso ya que años después Parra volvía a Concepción. Primer Encuentro de Escritores Americanos, decían los afiches repartidos por los alrededores de la universidad. Parra, Gonzalo Rojas, Jorge Teillier, Volodia Teitelboim, Ernesto Sábato, un joven José Donoso, Martín Adán y el beat Allen Ginsberg. Esos eran algunos de los participantes.

P se enteraría después de que la idea, eso sí, era que estuviera la generación beatnik entera. O sea: Jack Kerouac, William Burroughs y Gregory Corso, junto con Allen Ginsberg. Querían que vinieran todos esos gringos locos que en Chile eran apenas conocidos y se leían aún menos. Pero al final llegaron los que llegaron no más, como dijo uno de los organizadores del asunto.

P estaba seguro de que esta vez, por fin, iba a poder hablarle algo a Parra. De seguro que se le acercaba y le decía algo, ojalá, gracioso. Pero no demasiado, porque con Parra no hay que ser demasiado gracioso, pensaba. Y no solo eso: también planeaba estar con el beat, ese barbón cochino del cual había leído una entrevista hace poco. P tenía una mala traducción de *El aullido* que le vendió en la Feria Artesanal Santa Lucía un gringo loco y algo mayor que P. Un gringo excéntrico que decía que el mundo estaba tan polarizado que estallaría. Un gringo adicto a la heroína que se vino a Chile con la intención de tomar un barco a Isla de Pascua donde aseguraba, limpiaría su

cuerpo de toda sustancia, ya que ahí la droga no lo encontraría y él tampoco podría encontrarla a ella. Un gringo que conocía a los beatniks, o decía que conocía a los beatniks, y traía consigo copias de los poemarios y novelas que él mismo traducía, editaba y vendía en puestos artesanales.

P, al inicio del congreso, se aburrió un poco. O mucho. El ambiente estaba muy politizado. Muchos estudiantes de literatura que parecían estar más contentos hablando de leyes, candidatos políticos, la izquierda y la derecha. Pocos que hablaban de libros, de letras, de escritores o de músicos. Hasta que salió Parra con Ginsberg. Y pese a que el gringo sabía castellano, Parra se puso a traducirlo. Esa fue la dinámica de la lectura: Ginsberg leía varios versos de un poema, Parra traducía; Ginsberg retomaba el poema, Parra retomaba la traducción; y así. Pero a los diez minutos, P sintió que Parra les estaba haciendo una broma, porque si Ginsberg hablaba, digamos, dos minutos, Parra lo traducía en treinta segundos. Parecía que faltaban palabras o que Parra gestaba uno de sus experimentos y, quién sabe, hasta podía estar creando versos a partir de lo que le traducía al gringo.

P, en un momento, no aguantó. Se paró y comenzó a hacerle preguntas. Preguntó dónde se encontraban el resto de sus amigos o qué se siente ser un beatnik, señor Ginsberg. La mayoría del público no sabía qué estaba pasando, quién era ese tipo que estorbaba la lectura. Ginsberg, con notable antipatía por ese joven que lo interrumpía, dijo algo como que Jack (Kerouac) no quiso venir, que estaba en México siguiendo a Tristessa, una mexicana que era el amor de su vida; Bill (Burroughs) en una clínica, intentando recuperarse de su adicción a la morfina y heroína; y (Gregory) Corso andaba liderando protestas.

O sea, comentó, que todos mis amigos, colegas y contemporáneos están preocupándose de sus propios asuntos. Y esto último lo dijo en inglés: *Minding their own business. So fuck them!*

A lo cual hubo un silencio en la sala.

P se sentó, sin entender demasiado, y todos lo miraron como si fuera un bicho raro, algo a lo que P estaba acostumbrado así que no le molestó. De hecho, P aún estaba entre nervioso y feliz; Ginsberg le había hablado a él. Y no solo eso: Parra le dirigió la mirada. Tal vez había sido una mirada de reproche y hastío. Pero era una mirada, al fin y al cabo, de Parra. Se levantó y salió, no en silencio, sino marcando cada uno de sus pasos.

Dicen que luego de la lectura en Concepción y algunos días de recorrido por Chiloé, Ginsberg llegó a Temuco. Pensando en el chamico que le habían referido los jóvenes de la entrevista y preguntando a machis y otros mapuches, se metió en un bosque en las afueras de la ciudad. Desapareció por una semana. Los escritores chilenos que lo habían acompañado en Concepción y Temuco temieron que la generación beatnik hubiese perdido a su integrante más significativo. O al que le hacía más propaganda por lo menos.

¿Dónde cresta andará el gringo loco?, se preguntaban. Se nos perdió el poeta gay, decían otros, los que ya lo habían visto de la mano con alguno de los chicos especialistas en místers. Y el único que no se alarmó fue Parra quien, luego del congreso de escritores, acompañó al beat por el sur de Chile. Parra no se alarmó porque Ginsberg ya le había comunicado sus planes. De hecho, lo había invitado a ir con él, le habló de la diferencia entre la conciencia normal y la conciencia ayahuasca, pero Parra desistió. Agradecido, le explicó que eso de las drogas no le atraía mucho, prefería saturarse con otras cosas, pero que igual *go ahead, mi amigo, if you wanna do that*.

Dicen que, avisado por los carabineros, Parra fue al bosque. Y horas más tarde salió con Ginsberg. Aquí está el gringo loco, les dijo a la camada de escritores y músicos. Ginsberg parecía ido. Sedado. Si uno le hablaba, el beat apenas mostraba signos de estar escuchando. Lo vieron vomitar una vez y luego lo metieron en una furgoneta. Y entonces en un tren hasta Santiago donde, con el paso de los días, recobró parte de la lucidez que había mostrado con anterioridad. Muchos, en aquel momento, quisieron saber qué la había pasado. *Mister Ginsberg*, ¿qué tomó?, encontró el chamico?, ¿ayahuasca? Pero el beat, muerto de la risa, solo decía: estoy trabajando en eso, hago versos con mi experiencia, cuando termine te la muestro.

Dicen que el resto de los días del beat en Chile fueron así: Ginsberg se pasea por el mercado central donde come una cazuela, pero sin carne porque es vegetariano. Ginsberg duerme en la casa de los Parra todo el tiempo, habla con Violeta y juega con Ángel, el hijo de ésta. Ginsberg visita la casa ubicada en Estación Mapocho donde vive Pablo de Rokha, quien le grita marica. Ginsberg va reiteradas veces a Il Bosco, el célebre bar, y conoce la bohemia capitalina y busca infructuosamente algo de cocaína. Ginsberg y esa sonrisa que le cruzaba de cachete a cachete, de ojo a ojo, sube el cerro Santa Lucía. Y desde ahí piensa en lo sucedido en el bosque, en Temuco, días atrás. Y saca su libreta. Y se pasa la tarde anotando ideas, poemas y frases. Y le escribe cartas a Bill Burroughs, su amigo yonqui y marica, sobre la alucinación, con mayúscula. Alucinación. Es como una falsa suavidad, le dice. Uno despierta del sueño riendo.

P estuvo con Parra (o cerca, por lo menos) una segunda vez. Fue semanas más tarde. Ginsberg estaba de invitado a la casa de los Parra en La Reina. P se había venido a vivir a Santiago y alojaba en esa comuna, en un block cerca de una población. Todos los viernes P caminaba varios kilómetros para ir a la casona de los Parra. Ahí, entremedio de los fierros de las rejas, husmeaba lo que podía. A veces veía a Ginsberg tomar el sol en una silla de lona, con la panza al aire y fumando hierba en un pito mal armado y húmedo. Lo veía reír solo y recitar poemas en inglés y hebreo. A veces escuchaba una guitarra a lo lejos y distinguía a Violeta Parra, quien solía tocar algo para el gringo cuando no estaba pintando y hablando sola o, retándose a ella misma con gruñidos. Y así, luego de una semana de espiar la parcela de los Parra, a P le dio la sensación de que todos estaban locos en ese lugar, en esa casona. Pero también que hacían, de una u otra forma, el país más interesante. Lo ventilaban.



Dicen que la última actividad en que se vio a Ginsberg fue en la peña que se improvisó en la casona de los Parra, para despedirlo. Los hermanos músicos de Nicanor tocaron toda la noche, los niños revoloteaban por ahí, las gallinas y los perros se cruzaban en el camino de los invitados. Ginsberg andaba con un poncho y feliz de tanto vino. Y pedía que lo llamaran el roto choro. Saludaba a todo el mundo y, de vez en cuando, lanzaba gritos que parecían aullidos en medio de las cuecas que Violeta guitarreaba, más cercanos a los gritos de los vaqueros gringos sureños.

P se paseó por la puerta de madera e ingresó. Recorrió la misma casona que hasta ese día solo había visto desde afuera, desde las rejas. Era de noche. Era la peña de despedida para Ginsberg. Tomó un poco de vino que sacó de una de las tantas botellas dispuestas en una mesa de madera. Había mucha gente. Se sentó en una esquina y esperó que apareciese Parra. Pero Parra no apareció en toda la noche. A diferencia de Ginsberg quien, enmarihuano y borracho, era el rey de la fiesta, Parra estaba en su pieza, encerrado, con un ataque de creatividad, anotando fórmulas y versos en sus cuadernos.

P decidió retirarse de la casona de los Parra al escuchar el trino de los pájaros y al ver que borrachos se volvían cada vez más agresivos. Ahí, desde la cordillera, podía ver Santiago amaneciendo, con un trazo naranja que lo cruzaba en la mitad y algunas nubes que se perdían en el horizonte. Se encaramó en su bicicleta sin frenos y se tiró por la avenida principal que años después se llamaría Larraín, pero que en ese entonces era pura tierra y piedras y caca de caballo repartida a lo largo y ancho del camino.

Bajó hasta Plaza Italia y se metió en una fuente de soda donde desayunó té, pan amasado y huevos revueltos.

Dicen que Ginsberg se fue de Chile un día en que el clima cambió drásticamente. Ya era otoño y el color de las hojas de los árboles se tornaba una mezcla entre amarillo y naranja. Dicen que Ginsberg agarró varias de esas hojas caídas y las introdujo en un libro para que se aplastaran.

En el aeropuerto se abrazaron.

*Bye*, poeta loco, dijo Parra, *take care*. Ginsberg le respondió con esa sonrisa que le cruzaba de oreja a oreja el rostro. Chao huevón, dijo el beatnik. Luego tomó su bolso de buhonero y partió a policía internacional.

Dicen que, horas más tarde, Allen Ginsberg llegó sin problemas a Perú. Ahí siguió su periplo sudamericano en busca de experiencias sicodélicas. Se dice que, en el avión Lima, las azafatas lo intentaron evadir todo el vuelo debido a su mal olor y peculiar apariencia. En cuanto a su estadía en ese país, las caminatas por la selva amazónica y sus experiencias con la ayahuasca, no hay necesidad de narrar lo sucedido, porque algo de eso se puede hallar en una serie de cartas que Ginsberg le envió a su amigo, William Burroughs. El libro que reúne esa correspondencia se llama *Las cartas del yage* y, algunos aseguran, una edición artesanal la vendía un gringo loco en la feria artesanal Santa Lucía, a finales de los años sesenta, con el título *La sogá de los muertos*.

# Asuntos personales

... no es exactamente un diario, sino un revoltijo, una ensalada rusa, donde yo anoto lo que me pasa por la cabeza, lo que me parece interesantón. Una idea, una ocurrencia, un párrafo de libro, un chiste, un titular de prensa, cualquier cosa que me dice algo (...) Romances, cartas, anotaciones, epistolares, conflictos personales y ultra personales, confesiones extremas, casi pornográficas. En realidad es también una especie de depósito, de detritus literario: pero sabemos muy bien que el hidrógeno tiene un ciclo muy determinado, de modo que lo que hoy es detritus, mañana puede ser flor. Y viceversa.

PARRA

Aunque no entendió del todo lo que su padre había dejado escrito en ese papel, se quedó pensando en esa última frase y, acto seguido, bajó en busca de un diccionario. Tampoco tenía idea de quién era ese Parra, pero estaba seguro de que su padre lo mencionaba seguido. Abrió al azar las páginas del diccionario y llegó a la letra D. Movi6 el dedo índice de arriba hacia abajo.

Ahí estaba la palabra:

*Detrito o detritus: Resultado de la descomposición  
de una masa s6lida en part6culas.*

Dej6 el libro y sali6 al patio. Tom6 su bicicleta e intent6 hacer un esfuerzo por recordar la palabra que hab6a visto en el diccionario. Detritus, detritus, detritus, se fue diciendo todo el viaje hasta el sector en que las casonas de la gente rica de su comuna eran m6s frecuentes. Lleg6 donde terminaba Larra6n y vio que ese d6a Santiago estaba particularmente contaminado: apenas se pod6a ver el centro de la ciudad debido a una capa gris que hac6a la imagen borrosa.

De vuelta, en uno de los locales de la poblaci6n, se compr6 uno de esos hielos hechos con anilinas de colores. Un cubo, como 6l les dec6a. Era un cubo verde chill6n. Se lo comi6 en un parque, sentado en un banco, y qued6 con las comisuras de los labios te6idas.

Al volver del paseo en bicicleta, ya en su casa, recordó la frase que escribió su padre. *Detritus, detritus, detritus*, se dijo. La leyó de nuevo y se le ocurrió algo: comenzaría un diario de vida. Aunque, pensó, el término diario de vida le parecía más bien femenino. Le evocaba la imagen de un cuaderno rosado con un candado y el típico comienzo de *Querido diario...*

Se dijo a sí mismo que lo suyo sería más como una bitácora de vida. Le pondría *Asuntos personales* en la portada y lo escondería debajo de su cama junto con algunos cómics de *Batman*, *Spiderman*, *Flash*, viejas ediciones de *Astérix*, *Cucalón* y *Barrabases*, además de su colección de películas futuristas de animación japonesa que su madre le prohibía ver.

Desde entonces, y casi a modo religioso, escribiría en su bitácora todos los días. Empezando por esa misma tarde, se prometió. Y se puso en acción. Primero la fecha.

Y luego apuntó:



**8 de marzo, 1994**

Una buena razón para comenzar a escribir esta bitácora es que este es mi primer año yéndome solo en micro al colegio. Antes, hasta hace unos meses, me iba en un furgón amarillo. Hoy fue la octava vez que tomé micro para ir al colegio y al principio me asustaba la idea. Tantos números, tantos recorridos, todos diferentes. Estaba seguro de que me iba a perder, pero luego me relajé y ya llevo más de una semana y todo bien. Además, hay algo que me gusta, algo que veo todos los días al pasar por una intersección de calles, en que hay varios edificios, donde la micro generalmente para. En uno de ellos está la ventana. Y es extraño, porque no vi esa ventana hasta hace dos días y ese tipo de detalles no se me van. Como dice mi mamá, soy un detallista. Me encanta ver los cuadros de los cómics minuciosamente hasta que descubro todo detalle o signo que para el resto pasa inadvertido. Por eso ando como buscando todo, como la palabra detritus que salía en ese papel que dejó mi viejo en el living de la casa. A propósito, hace tiempo que no lo veo. A mi viejo, digo. No sé en qué andaré. La última vez

fue... ¿hace dos semanas?, ¿tres? No recuerdo. A veces creo que mi papá no es más que una letra, solo le alcanza para ser la p. Por eso ahora me gusta decirle viejo. Suena mejor.

En fin, digo que iba rumbo al colegio y me percaté de que un departamento, de esos que están en la esquina, tenía la ventana abierta. Había un cuadro, afuera, en el balcón, que parecía como si estuviera secándose. Justo la micro paró en la esquina por una luz roja. Y pude ver el cuadro entero y con detalle. Era de una señora gorda y con joyas, que tenía un canapé de pescado en la boca. La señora tenía en la cara un gesto extraño, entre absurdo y gracioso. No me fijé tanto en eso, en el gesto. Pero sí vi que tenía un lunar gigante del cual le salían pelos. Lo tenía en uno de los cachetes. El resto del cuadro era una fiesta elegante donde solo parecía haber mozos repartiendo canapés y la señora que, creo, era la única invitada, ya que daba la impresión de estar comiéndoselo todo. Ese fue el primer cuadro que vi. Al día siguiente noté otro, pero no alcancé a ver toda la imagen porque en ese momento dio la luz verde y la micro partió.

En cuanto al día de colegio de hoy... estuvo fome. Como siempre, sí. El miércoles llegan los nuevos alumnos. Y recién comienza el año, pero yo quiero que puro se acabe. Y eso que voy en séptimo. Me quedan muchos cursos todavía.

Al volver de clases, vi que mi papá había dejado uno de sus mensajes. Típico de él. Aparece cuando no estamos y deja una poesía o un cuento. Lo leí y no lo entendí mucho, así que busqué una palabra en el diccionario (detritus). De ahí me fui a andar en bicicleta hasta la parte de arriba de La

Reina. Me tiré en picada por Larraín y comí un cubo (de los verdes, obvio), que me dejó la boca manchada. Luego de eso llegué a mi casa a ver tele. Entonces se me ocurrió hacer esta bitácora (aclaro: no es un diario de vida) y en eso he estado las últimas horas. Ahora escucho que llega mi vieja, así que mejor bajo y escondo esto.



9 de marzo, 1994

Esta mañana, en la ventana del departamento, había un cuadro de un desierto con tres detectives que caminaban. Y no sé, pero como que se parecían a *Dick Tracy* (película que he visto un par de veces). Dos llevaban chaqueta negra, el otro solo una camisa blanca. Ninguno tenía una pistola. O puede que no lo haya visto al pasar y hayan tenido un arma escondida, porque la micro no estuvo parada tanto rato, así que no tuve tiempo para detalles. Como sea, los detectives estaban en el desierto.

A veces me pregunto por esos cuadros que veo desde la ventana de la micro cuando esta se detiene en la esquina. ¿Por qué generalmente hay uno diferente cada día?, ¿los pintará una sola persona o un grupo? Me gustaría, una de estas mañanas, bajarme y tocar la puerta. Solo para ver quién hace los cuadros. Incluso conversar con él o ella para ver si es simpático o simpática. Hasta en una de esas le gustan los cómics y nos ponemos a hablar de eso. Quién sabe.

En otro tema: en la casa seguimos sin noticias de mi viejo (lo cual, creo, a estas alturas no tiene nada de raro).

Mi mamá ha llegado tarde todos estos días por lo que tampoco he podido hablar mucho con ella. El colegio sigue igual. Igual de fome. Solo que mañana llegan los nuevos. El resto de la semana ha estado todo flojo. Puras actividades, discursos de profesores y el director, jugar a la pelota o, en mi caso, sentarme a ver como juegan a la pelota los demás. Ahora, mejor, me voy a ver una película.

**10 de marzo, 1994**

Hoy llegué tarde al colegio. No pude ver qué cuadro había en la esquina, lo que me da un poco de lata, ya que quería tener anotadas todas las imágenes que veo al pasar por ese edificio. El punto es que entré a la sala y vi que mi puesto estaba ocupado. Todo el curso en silencio. La profesora (de Matemáticas) dijo mi nombre y me pidió que tomara asiento lo antes posible y copiara los ejercicios que estaban en la pizarra. Miré otra vez hacia mi puesto ocupado por un desconocido. Uno de los nuevos, pensé. Por eso me senté al final, en un par de bancos que siempre están solos, para no tener atados con él.

Más tarde, en el recreo, le pregunté a la profe quién era el nuevo. Me dijo que su nombre era Rodrigo, uno de los hermanos Tanenbaum. ¿Hermanos?, ¿son dos?, pregunté. Sí, me dijo la profe, uno está en este curso y el otro se llama Marcelo. Pero les dicen simplemente el Tanenbaum chico y el Tanenbaum grande. O los hermanos Tanenbaum, a secas. Luego me preguntó si mis viejos iban a venir a la reunión de apoderados. Y le dije que no tenía idea, que les había

avisado, pero en verdad no sabía si solo iba a venir mi mamá o también mi viejo.

Después tuvimos clases de Geografía y luego de Música, pero el profe no vino así que nos pudimos ir más temprano. Por eso son pasadas las una de la tarde y estoy acá, escribiendo en la bitácora antes de salir a andar en bicicleta por el barrio.



14 de marzo, 1994

Ayer pasó algo maravilloso. Me quedé viendo televisión hasta tarde, hasta después de las noticias. A las diez dieron *Volver al futuro*. Una película increíble. Skates voladores, autos voladores y esa frase: “Eres una gallina, McFly”, que ahora tengo pegada. La dieron en TVN. La vi y aluciné. Incluso me costó dormir y por eso al otro día estaba cagado de sueño y en la primera hora de clases (Castellano, además), cabeceaba a cada rato.

Y podría haber seguido así, pero vi que el Tanenbaum chico re reía de mí. No sé por qué. Y en un momento se puso a lanzarme papeles mojados con saliva con un lápiz a pasta. Luego, alguien sacó una naranja y todos empezaron a lanzarse pequeños trozos de cáscara con los lápices. La profe escribía varias frases en la pizarra y no se dio cuenta hasta que alguien le tiró una de las balas de naranja en el pote. Pilló al Tanenbaum y lo echó de la sala. Paró la clase para retarlo. Le dijo que, como era nuevo, tenía que portarse bien, dado que los nuevos entraban condicionales.

Más tarde, en el primer recreo, pregunté a mis compañeros por la películas, por si alguien había visto *Volver al futuro*, pero nada. Todos están más interesados en el mundial que este año será en USA. En mi casa busqué en la guía de televisión y salía que era parte de una trilogía. Por eso al comienzo decía *Volver al futuro 2* y por eso tengo que conseguir la 1 y la 3 lo antes posible. Así que estoy esperando que llegue mi vieja. Quiero decirle que me lleve al Persa el fin de semana. O le podría decir que vayamos a esas tiendas de videos que están en el Portal Lyon, arriba de las comiquerías, aunque son demasiado caras.

Ah, hoy alcancé a ver un cuadro en el balcón. Era de un campo de maíz donde unos niños corrían hacia un precipicio. Los niños eran chicos, de tercero o segundo básico, y un tipo mayor, de tercer o cuarto medio, los salvaba, los atajaba y consolaba para que no se cayeran por ese vacío. Lo que más me gustó del cuadro fue que ocupaba mucho amarillo porque eran campos de maíz (o de choclo). Unos campos que parecían no acabar nunca y que luego se desvanecían en el horizonte.

21 de marzo, 1994

Llevo una semana sin escribir en esta bitácora. Lo único interesante que ha sucedido es que llegó una nueva profesora de Arte. Se llama Magdalena, es joven y nos pide, por favor, que le digamos por el nombre de pila, porque le cargan las palabras “profesora” y/o “señorita”. En clases generalmente nos hace pintar (lo que uno quiera), lo cual hacemos casi todos menos el Tanenbaum, que se dedica a molestar. Incluso molesta a la profesora ya que sabe que, como es nueva y se nota que es su primer trabajo, no tiene tanta autoridad.

No pude conseguir ni la primera ni la tercera parte de *Volver al futuro* porque mi vieja sigue llegando tarde y no le he podido preguntar. Tampoco he conseguido alguien con quien comentar mi nueva película favorita. Por eso lo único que hago es recordar, lo más nítido que puedo, partes como la del skate volador o cuando al DeLorean le llega un rayo, en medio de una tormenta eléctrica, y se hace humo. Aunque me carga la escena en que Marty le da un beso a su madre.

¿Qué más? ¿Qué más me ha pasado en el último tiempo? Ah, sí, algo raro. Raro, pero de esas rarezas a las cuales ya estoy acostumbrado. Mi viejo se apareció el fin de semana pasado. De hecho, almorcé con él el sábado, le conté de *Volver al futuro* para ver si, vaya uno a saber, se animaba a ir conmigo al Persa, pero lo vi más interesado en unos planos de las calles de La Reina y unos volantes que andaba trayendo (y que no me dejó ver).

Lo extraño es que apenas él se fue, mi mamá apareció. Como que se ponen de acuerdo para no estar juntos. Nunca he entendido su relación.

24 de marzo, 1994

Hoy vi un cuadro rarísimo en la mañana, cuando la micro se detuvo frente al edificio ese. En él salía un niño, más chico que yo, que tenía una bolsa café clara en la cabeza. Tenía dos orificios para los ojos y uno para la boca. Daba un poco de miedo. El niño lo miraba directamente a uno, al que estaba observando el cuadro, y apuntaba con el brazo como queriendo pedirnos algo. Estaba pintando con un color grisáceo. O con un tono entre verde y grisáceo, que me recordó a esos videos que dan en la tele sobre extraterrestres. El de la autopsia.

Lo bueno es que, más tarde, pinté eso. Ese cuadro que había visto. A mi manera, claro, porque no me quedó parecido. Igual salvaba y Magdalena, la profe de Arte a la que no le gusta que le digan profe, me felicitó. Al final de la clase me preguntó si me gustaba dibujar y yo le respondí que leía cómics. Saqué algunos de mi mochila (*Batman* y *La liga de la justicia*) y se los mostré. Ella los vio detenidamente hasta que se dio cuenta de lo atrasada que estaba para una reunión de profesores y se despidió.



10 de abril, 1994

Ayer fuimos al Persa Bío-Bío con mi vieja. Conseguí la trilogía de *Volver al futuro*, pirateados del original y con unas portadas que son fotocopias a color. Por eso llevo todo el fin de semana viendo las películas una y otra y otra vez. No paro. Mentira. En un momento paré y entré al estudio de mi viejo (de puro curioso). No sé por qué me dieron ganas de meterme y me encontré con la foto del poeta ese que tanto le gusta (¿Parra?). Lo extraño es que descubrí que se parecía al viejo de *Volver al futuro*. Al Doc, sí. Era igual, solo que más serio y sin la bata blanca. Pero el resto era igual: canas, entradas en la frente y las mismas arrugas repartidas en el rostro. De hecho, en la foto que tiene mi viejo, Nicanor Parra (así se llama, lo acabo de comprobar) está con las cejas arrugadas y cara de concentración. Al igual que el Doc cuando el DeLorean le falla y tiene que pensar y pensar para arreglar todo y volver al futuro. O al pasado. O al presente. Da lo mismo.

Lo otro en que me fijé es que hay mucho polvo en el estudio de mi viejo. Se nota que no ha venido por un rato.

Y no he querido preguntarle a mi vieja por qué mi viejo no viene más por la casa. De seguro se pelearon y vaya a saber uno el porqué. Sigo sin entender su relación. ¿Se quieren o no?



**25 de abril, 1994**

Ya no sé si escribir en esta bitácora tiene sentido. Pero por lo menos creo que acá puedo desahogarme. Mi vieja dice que me llevará a un psicólogo porque no tengo amigos en el colegio. Yo le digo que no, que no es porque no quiera tener amigos, es porque ninguno de mis compañeros me gustaría como amigo. Lo cual, claro, es diferente. Y entonces ella me dice que sí, que todas maneras me va a llevar a un sicólogo, diga lo que diga. Y así nos pasamos la tarde hasta que ella se levanta de la mesa o yo me encierro en mi pieza.

Lo último que sé de mi viejo es que casi se lo llevan arrestado. Parece que estaba pegando unos carteles (¿o era porque rayó unas murallas?) y llegaron los carabineros y lo pillaron en pleno. A otros amigos de él sí se los llevaron y estuvieron en la cárcel durante toda la noche. Eso lo supe porque escuché a mi mamá hablar por teléfono con una tía.

No sé en qué anda metido mi viejo y en verdad nunca lo he sabido. Hace tiempo me acostumbré a convivir con él como quien vive con un espíritu. Viene de vez en cuando,

saluda, se mete a su estudio, deja uno de los poemas o frases de Parra en algún lugar de la casa, se va. Y así.

5 de mayo, 1994

Magdalena me pidió que me quedara después de clases. Me preguntó qué me pasaba y no supe qué responderle. Me dijo que me había notado menos creativo. Que prefería los cuadros anteriores. Quise decirle que ninguno de esos cuadros eran míos. También me dieron ganas de contarle que hace una semana que al pasar por el departamento no veía un cuadro y que la ventana estaba cerrada. Pero en vez de explicarle todo eso, lloré y ella me consoló y me llevó a la sala de profesores y me dio agua con azúcar. Dijo que una tía suya le daba eso para pasar las penas. Me sentí estúpido. Como si tuviera diez años y eso que pronto cumpliré catorce.

Cuando salí de la sala de profesores y entré a mi sala estaban en clases de Historia de Chile. EL Tanenbaum chico me miró feo y le dijo algo al oído a su compañero de banco. Los dos rieron. Los miré seriamente. Al Tanenbaum grande aún no lo veo. Para mí es un misterio, pero me han dicho que repitió dos cursos así que es harto mayor y más forzado. Que nada que ver con su hermano que es un chico (bueno, un poco más chico que yo no más, para qué estamos con

cosas) y el cual molesta a todos y a todas horas, aunque en el fondo es inofensivo. En fin.

Hoy mi viejo dejó otro poema. Y me lo dejó a mí. Especialmente. Se nota. Lo deslizó por debajo de la puerta y lo vi en la mañana, luego de despertarme para ir al baño. Lo coloqué con los otros en un corcho donde además tengo una foto del Doc, junto con un póster de *Volver al futuro*.



# Asuntos grupales

No es en verdad la historia de mucha gente, apenas un puñado de títeres vacíos, decapitados, bajo los palcos.

MAURICIO WACQUEZ, *El teatro de títeres.*

Así de fortuito era: si se juntaban las cinco iniciales de los nombres de los miembros del clan este era el resultado: P.A.R.R.A. El destino está con nosotros, dijo la segunda R. Todos rieron y luego callaron y entonces P explicó en qué iba a consistir la primera etapa: empapelar toda la comuna de La Reina con los carteles que habían fabricado. Los cinco miembros del grupo P.A.R.R.A vivían en ese sector: entre La Reina y Ñuñoa. Un sector raro, a medio camino entre una población y las casas de gente con plata, en la cima. Ellos vivían en casas medianas, metidas en pasajes donde todavía la vida de barrio era importante, donde el almacén funcionaba como punto de encuentro.

Este año tiene que ser la candidatura, dijo P. P era el más apegado a la causa, tal vez porque era huérfano, o medio huérfano, y luego de una etapa política, en la UP, buscó otras figuras paternas. P había leído la obra de Parra en su totalidad, mientras que las lecturas del resto del clan eran variadas; algunos preferían las instalaciones; otros *La cueca larga*; y unos pocos los sermones del Cristo de Elqui.

Eran pasadas las doce de la noche cuando la primera reunión se dio por finalizada. A modo de relajó, P les mostró al resto el ejemplar de *El aullido* con firma de Ginsberg, que tenía desde la vez que el beatnik vino a Chile. Les contó una anécdota sobre esa visita, allá en los sesenta en la Universidad de Concepción. La anécdota de P, a

esas alturas, era como la vida: mitad real y mitad ficción. P decía que luego de interrumpir la lectura del beatnik se había acercado a pedir disculpas y, de paso, decirle a Parra que le gustaba uno de sus libros. Dice P que esa tarde se unió a los poetas y se fueron de fiesta. Con groupies y todo, les dijo.

Esa jornada rieron y tomaron malta con huevo hasta tener hipo. Luego pasaron al vino, al pisco y alguien sacó un pito. Las reuniones eran en el barrio Concha y Toro. En Santiago centro. La puerta del lugar de operaciones decía *Parra al Nobel* escrito con letras grandes y blancas.



La P era de Pablo. Pablo era el líder, aunque nunca lo acordaron así.

La primera A era de Antonio. Antonio era ingeniero, pero su padre había sido poeta (mal poeta), su abuelo había sido poeta (aún peor poeta) y desde que su familia existía se sabía que todos sus antepasados habían sido (pésimos) poetas chilenos. Al involucrarse en esta campaña, sentía que estaba saldando una deuda familiar.

La primera R era de René. René atendía un negocio conocido en el barrio por vender charqui, barras de chocolate y alfajores.

La segunda R era de Ricardo. Ricardo era más conocido como Lalo, porque su primer nombre era Eduardo. Estudiaba Letras en la Universidad de Chile, aunque casi nunca iba a clases ya que prefería quedarse leyendo en su casa.

La segunda A era de Andrés. Andrés era el integrante más viejo. Estaba jubilado, aunque de vez en cuando trabajaba de matarife porque simplemente le gustaba ver el color de la sangre. De hecho, tenía un libro de poesía, autopublicado, sobre la sangre.



El grupo P.A.R.R.A había pegado trescientos carteles la primera noche en que su proyecto partió. La segunda jornada la cantidad aumentó y consiguieron que setenta murallas quedaran empapeladas con la silueta de Mr. Nobody (algo así como la mascota oficial de Parra; un corazón con patas y manos delineado con trazos finos), dibujo que se convirtió en el sello de esta campaña, y que P había visto en una exposición de los artefactos.

La tercera noche fueron treinta murallas.

La cuarta noche se emborracharon debido a lo fructíferas que habían sido las sesiones anteriores y no salieron a pegar. Dos miembros del grupo se pelearon. Las dos R: René y Ricardo. Y fue por una decisión literaria menor, algo de la talla de cuál poema era el mejor de tal libro, o por qué Parra no escribía el gran poemario sobre la dictadura, o si debía o no arrepentirse por haber tomado té con la esposa de Nixon. Asuntos, al fin y al cabo, irrelevantes si se considera nuestro plan, amigos, el porqué estamos acá, no lo olvidemos, afirmó con aires de político demócrata cristiano P, quien logró acallar la discusión. Y siguieron tomando.

La quinta noche hicieron una salida a un bar para arreglar las fisuras existentes entre las dos R. La cita también serviría para trazar los próximos pasos a seguir. Pero terminaron borrachos. La culpa fue

de la primera A porque era sobrino del dueño del bar y podían tomar todo lo que quisieran. Esa noche no se pegaron carteles.

La sexta noche tampoco hubo salida. Era domingo, estaban resacosos y decidieron que mejor cada miembro pasara ese día con sus familias para no levantar sospechas. Esto, además, porque mucha gente se había percatado de los carteles y murallas pintadas. El plan de la primera semana ya cojeaba: de las seis jornadas que habían estipulado para trabajar en la campaña, solo dos habían sido efectivas. De todas maneras, se dio cuenta P al oír los comentarios de la gente en los almacenes del sector, o en el bar, de a poco se hablaba acerca de los carteles y las murallas pintadas.

El resto, les dijo P, era esperar el boca a boca de la gente. Ya verán.

El segundo golpe de P.A.R.R.A fue impecable: duplicaron la cantidad de carteles y hasta pintaron varios murales en autopistas para que los automovilistas y peatones quedaran metidos. Un canal de televisión hizo un reportaje sobre esta misteriosa campaña, aunque en verdad era un reportaje sobre los hip-hoperos y sus grafitis. Y la periodista hablaba sobre el caso de La Reina en que aparecían rayados pidiendo el Nobel para Parra. De todas maneras, fue simbólico. Y ayudó al boca a boca porque en esa época nada ayudaba más que salir en la tele. Por eso lo celebraron. Como si fuera un triunfo de la selección chilena: volvieron al bar y a las malta con huevo. Otra noche de farra y una mañana resacosa. Pero no importaba. Todas esas fiestas de amanecida servían.

La mayoría de los vecinos reclamaba, pedía explicaciones sobre los carteles que aparecían en las murallas de sus casas. La mayoría también quería saber quién era ese tal Parra, si un preso político, de esos que se escaparon en helicóptero, o el nombre de uno de los tantos grupos de rock que surgieron por esos años. A su vez, a los niños les llamaba la atención la silueta de Mr. Nobody. Era pintoresco para sus ojos: un hombre con forma de corazón, con pies y manos flacas apuntando hacia una burbuja con un mensaje dentro (*Parra al Nobel*). Muchos lo emparentaban con los dibujos animados oficiales de las olimpiadas que se habían celebrado en Barcelona hacía dos años. Algunos lo copiaban en sus cuadernos, para las clases de Arte o Pintura o cualquiera de esos nombres con que se nos educó durante los noventa.

Otra cosa fueron los folletos. Gracias a la primera R, habían mandado a hacer folletos. Miles. Papeles de color amarillo, de facturación barata, con enigmáticos mensajes que ayudarían a la campaña.

La segunda R pituteaba en Entel y consiguió con uno de los cuidadores de la torre subir al último piso un día en que había una marcha y tirar trece cajas con folletos que decían *Parra al Nobel*, otros volantes en que el mismo Nicanor salía tapándose un ojo y otros en que Mr. Nobody exclamaba (más bien reclamaba) algo como que no había que hacerse los suecos y darle el Nobel a Parra.

Fue uno de los ataques más recordados del grupo P.A.R.R.A. Lograron que mucha gente que no vivía en los alrededores de La Reina o Ñuñoa supiera de la campaña. La mayoría de las emisoras radiales informaban que entre todos los volantes que exigían justicia social, mayor igualdad para los trabajadores, saber dónde estaban los detenidos desaparecidos, o cárcel para Pinocho, uno pedía por la candidatura de un poeta a un premio literario.

Dentro del grupo, en algún momento, se barajaron ideas más radicales. Una de ellas: ponerse capuchas negras como si fueran verdugos y grabar videos en que se recitaran poemas de Parra, la mayoría sacados de *Versos de salón*. La idea era llamarla *La campaña del antiterror*. Pero todo quedó en el tintero, ya que se podía prestar a dobles –o triples– lecturas, como que se les vinculase con el terrorismo o algo peor. Y lo último que querían a esas alturas era que su mensaje se mezclara con otras interpretaciones, puesto que, a fin de cuentas, todo esto lo hacían por una causa artística. O poética, quién sabe, aunque esa palabra sonaba elevada, un poco, y esta es una historia de perdedores idealistas.



A modo de cierre de esta primera etapa, se juntaron un domingo en la noche en la casona oficial del grupo. Alguien sacó botellas de vino y P se puso a leer poemas de Parra en voz alta. Apareció el pisco. Estaban todos borrachos, todos felices. Eran cinco hombres, cinco adultos, en una casa del centro celebrando mientras afuera la mayoría de los santiaguinos descansaba. Las calles estaban vacías. Hacía frío. Pero adentro de esa casona, en Concha y Toro, se escuchaban risas, gritos y los vasos de vino y cerveza y pisco chocando y vaciándose. La campaña va por un buen camino, opinó alguien, tal vez una de las R o de las A, aunque a esas horas de la madrugada no importaba quién fuera; lo que importaba era que alguien lo dijera.

# El fin del mundo

El niño seguía con pesadillas. Más bien *una* pesadilla. Una recurrente. Comienza con él en medio de un prado verde. Entonces llega un conejo y el niño lo toma en brazos, luego llega otro que se queda esperando: también quiere ser tomado en brazos. Y, luego, más y más conejos aparecen hasta que el campo verde se repleta. Todos los conejos son blancos excepto uno que es gris y resalta dentro de tanta blancura. El niño no sabe adónde ir ya que aunque gire en ciento ochenta grados, el paisaje sigue igual: verde hasta perderse en el horizonte. Entonces, el cielo se nubla y unos remolinos negros, casi como tornados o como túneles, bajan del cielo a la tierra y los conejos se comen de manera iracunda todo el pasto hasta dejar el sitio eriazo. El fin del mundo, piensa el niño en su sueño, y pone la palma hacia arriba para palpar las gotas de agua oscura que caen. Los conejos corren despavoridos y el niño piensa en *Akira*; imagina la escena que tiene en frente como una supuesta tercera guerra mundial, una catástrofe que empieza justamente en ese terreno baldío. Y él al medio.

Generalmente en ese punto despertaba y ya era hora de ir al colegio, de levantarse, cepillarse los dientes, comer algo y tomar la ruidosa micro amarilla en la que se escuchaba cumbia y la cual, debido a las luces estrambóticas que el chofer había puesto en la cabina, parecía un cabaret.

En el colegio hacía todo lo que los niños hacen: jugaba fútbol (poco, pero lo hacía), compraba alfajores en el casino y leía cómics que intercambiaba con un tipo dos cursos más arriba. La clase de Arte seguía siendo la que más le gustaba; Magdalena, la profesora, era joven y perfectamente podría haber sido su hermana mayor. Se notaba que recién había terminado la universidad y que este era su primer trabajo. Casi nunca estaba en la sala de profesores, la mayor parte del tiempo se sentaba en una banca y observaba a los niños jugar en el patio.

Había veces, cuando él estaba leyendo cómics, en que ella se acercaba y le pedía uno. Siempre le pasaba el mismo, su preferido, uno que se notaba que estaba pintado con acuarela y que difería de los otros: no era simplemente sobre superhéroes y supervillanos. *Sandman*. Era serio. O eso pensaba el niño. Y le gusta ver a la profesora cómo seguía las viñetas y luego hacía preguntas.

Por las tardes veía tele. A veces salía a jugar con el perro de los vecinos; otras, tomaba su bicicleta y pasaba toda la tarde recorriendo el sector. Subía por la avenida principal atento a cómo las casas iban creciendo en tamaño al igual que las piscinas y las rejas, algunas electrificadas. Entonces, cuando ya podía ver Santiago en perspectiva, se tiraba en picada. Se metía por una población y ese era el momento en que tenía que pedalear. Ahí había grupos de jóvenes con ropas anchas, o niños comiendo cubos de colores con anilina sentados en las cunetas, capeando el sol. Pocas veces paraba en alguna parte de la población. Cuando lo hacía era para comer un cubo. Uno de color verde.

Luego de su recorrido en bicicleta entraba al pasaje. Jugaba un poco con el perro de los vecinos. Le tiraba la pelota de un lado a otro y el quiltro corría sin muchas ganas de una esquina hasta la otra. Movía la cola lentamente y se le veía la lengua, que siempre tenía fuera, salivando. Cuando el juego se volvía monótono, el niño entraba a su casa. Verificaba si había algún mensaje en el teléfono y se hacía algo de comer. Prendía la tele y veía las noticias o ponía alguna de sus películas de animación japonesa. Ahí permanecía hasta quedarse dormido, hasta que su madre llegaba, lo despertaba y lo mandaba a la cama.

Su padre. Su padre en esos últimos días era un total misterio. Más de lo normal. La última vez lo vinieron a buscar unos carabineros. Varios vecinos de La Reina habían reclamado porque una mañana, al despertarse, se encontraron con que sus murallas estaban pintadas de negro y con la silueta de Mr. Nobody. Muchos de esos vecinos tenían al padre del niño como principal sospechoso. Por eso los carabineros querían hacerle un par de preguntas. Pero cuando tocaron el timbre de la casa, estaba solo. Entraron, inspeccionaron y le preguntaron a qué hora llegaba su madre. Dejaron una nota de constancia y se fueron.

El niño volvió al sillón. Subió el volumen de la televisión.



**25 de mayo, 1994**

Hoy en clase de Arte ya no pude seguir viendo mi hoja de bloc en blanco mientras el resto de mis compañeros trabajaba. Estuve una hora pensando en qué pintar. Pensé y pensé hasta que me decidí: el sueño. Sí, eso era. Pintaría el sueño de los conejos. Comencé por el prado verde. Luego fui coloreando los conejos como manchas blancas. Llené el prado de esas manchas y seleccioné una y mezclé la pintura blanca con un poco de negro hasta que quedó gris. No le puse título y cuando Magdalena me preguntó por qué no tenía nombre, no supe qué decirle. Me dijo que no había problema, podía quedar sin título (o ponerle de título “sin título”). Le pedí permiso, y al final del día me lo traje a la casa para mostrárselo a mi vieja. A ella le gustó, claro, aunque sé que es porque a las madres les gusta todo lo que sus hijos hacen. Pero lo extraño fue que mi viejo estuvo todo el día en la casa. Incluso comimos en la mesa; él, mi vieja y yo. Hablaron mucho. Hacía tiempo que no sucedía eso. Aún no sé por qué lo hice, pero antes de ir a la cama le mostré el cuadro a mi viejo y le gustó. Me preguntó si se lo

podía dar para colgarlo en su estudio. Lo pensé un poco y le dije que sí al final. Obvio, cómo le iba a decir no.

Otro de los cuadros que el niño, una mañana rumbo al colegio, vio cuando la micro se detuvo: dos carabineros a orillas del río Mapocho. Uno con una sogá en sus manos y el otro anotando algo en una libreta de tapa negra. Ambos están con impermeables amarillos. Lluve como si se acabara el mundo. El de la sogá jala con fuerza. Y saca del río lo que parece ser el cuerpo de un ahogado que flota en el Mapocho. Arriba, en el puente y en las calles cercanas, hay grupos de gente mirando. Todos los rostros de los curiosos están pintados con un trazo grueso; por eso cuesta reparar en los detalles, nota el niño. Son manchas borrosas, como seres larvales, aunque de todas maneras se alcanza a notar en sus caras una mezcla de tristeza y asco.

**Fin de la campaña**

Ya se acercaba el fin de año y en los diarios se comentaba sobre los candidatos al Nobel. La campaña del grupo P.A.R.R.A había sido mencionada un par de veces en los medios de comunicación luego de la tarde en que lanzaron folletos desde la torre Entel, aunque más en la parte de cartas de reclamo –los vecinos que alegaban por despertarse una mañana y encontrarse con la muralla de su casa pintada– o en las páginas de tendencias por el auge del grafiti y el arte callejero en Santiago.

Un día P abrió el diario en la sección de cultura. Se topó con un reportaje sobre los candidatos al Nobel. En un recuadro vio que entrevistaban a Parra. ¿Qué le parecen los carteles?, le preguntaba el periodista. ¿Las murallas? ¿Mr. Nobody? Parra decía que le resultaban *graciosillos y graciositos*, pero que *por favorcito* dejaran de pegarlos fuera de su casa, allá en La Reina, donde llevaba instalado un buen rato, ya que eso tenía de pésimo humor al cuidador de la casona. P recortó el diario y lo guardó en una carpeta. Ahí mismo tenía las apariciones de la campaña en la prensa; las cartas de reclamo, fotos, bocetos, ideas y otras cosas. También la servilleta con el ejercicio de física de Parra y el poemario de Ginsberg con la firma del beat: una firma que con los años se había diluido. Ahora parecía falsa.

La Reina y Ñuñoa ya estaban saturadas de carteles. Quedaban pocos sectores de esas comunas en que no se pudiera encontrar

alguna señal del grupo P.A.R.R.A. Sin duda, lo de los folletos desde la torre Entel fue el golpe. Eso ayudó. Y entonces decidieron seguir con esa táctica cada vez que había protestas. Les gustaba que entre tanta política, además, se colara algo literario.

Y hubo más intervenciones.

Otra de las ideas fue escribir poemas de Parra en papel, fotocopiarlos e insertarlos en libros de diferentes bibliotecas públicas de Santiago. Una de las R dijo que lo mejor era ponerlos dentro de best sellers, como los de la Allende, así llegaban a un público más amplio. Pero rápidamente alguien, acaso una de las A, respondió a que ese no era el nicho al cual querían llegar, claramente, porque la gente que lee ese tipo de libros no tiene idea quién chucha es Parra, así que era inútil gastar tiempo y energías en ellos, no seamos huevones. Una vez más, luego de argumentos en contra y a favor, P tuvo que zanjar la pelea. Dijo que no había ningún problema en poner las fotocopias tanto en libros de Isabel Allende como en los de Tolstoi. Después de aclarar aquello, hizo un recuento de lo realizado hasta la fecha. Y entonces, P dijo que parte del plan era publicitar la campaña donde no hubiese calado hondo. Para eso partieron a Las Condes y Vitacura con todos los implementos. Iban los cinco en una micro amarilla, pasadas las once de la noche; algunos del grupo con capuchas, todos un poco pasados de peso. Pero cuando se disponían a pegar el primer cartel, sin duda de pura mala suerte, aparecieron los carabineros. Solo la primera A, una de las dos R y P alcanzaron a escapar y a esconder todos los panfletos y artefactos. El resto de los miembros fue llevado a la comisaría más cercana. Lo único que preocupaba a P era que descubrieran que ellos eran los autores de la campaña. Por eso agradeció la escapada con los implementos y herramientas.

Decidieron usar parte de los fondos destinados a la campaña para pagar la fianza. En la comisaría dijeron que estaban contratados por el comando de un político, aunque no dijeron de qué partido, ya que por entonces la izquierda y la derecha comenzaban a parecerse. Y el carabinero, algo ojeroso y con cara de hastío y pésimo aliento, liberó a los encarcelados y les dijo, levemente gritándoles en verdad, que mejor se fueran antes de que se arrepintiera. Salieron de la comisaría. Pero a esas horas de la noche, ya casi no había micros. Bajaron por Apoquindo. Caminaron en silencio mientras veían Santiago amanecer; el sol en medio de un cielo grisáceo, contaminado.

Dos meses después, los miembros de P.A.R.R.A se fueron a vivir a la casona por unos días. Llegó la hora, dijo P entonces. Esa semana se levantaron temprano, compraron el diario y esperaron ese titular. Estaban seguros: Parra era el único que moldeó el lenguaje, dijo P una de esas noches de vino y latas de cervezas con colillas de cigarro. Y lo hizo más cercano, dijo otro, puede ser que la primera A. El único poeta que todos podemos entender, agregó una R. Y alguien sacó algo de marihuana. Y fumaron y esperaron que amaneciera. Otra vez fiesta de amanecida.



Se levantaron, encañados, a la hora en que el diario llegaba al quiosco más cercano. Parra al Nobel, dijeron todos al unísono e hicieron un brindis antes de abrir las hojas y buscar el resultado de su proyecto. Nada en la portada. Pasaron hasta las páginas de la sección de cultura.



Se reunieron por última vez a fines de ese año. Ya hacía calor. La casa había permanecido abandonada por lo menos dos meses. Había polvo en todas partes y vasos a medio llenar con vino o cerveza. P fue el primero en llegar. Arregló un poco, limpió, puso cinco sillas alrededor de la mesa para esperar el resto. Fumó y aprovechó de ir al baño donde se topó con el diario. Luego recordó esa mañana en que los cinco leyeron que un japonés, que ninguno conocía, era el ganador del Nobel. En la sección de cultura: *Kenzaburo Oé, el nuevo Nobel de Literatura*. Abajo, en un pequeño recuadro, había una columna de opinión: *¿Por qué el Nobel le dice no a Nicanor Parra una vez más?* La columna estaba escrita por un novelista (de medio pelo) perteneciente a un grupo de nuevos narradores. Argumentaba que el premio era político, por lo tanto nunca recaería en Parra, quien tenía en su pasado ciertas taras ideológicas. Específicamente, se leía en la columna, haber tomado té con la señora de Nixon, lo cual siempre le iba a pesar. La izquierda cultural nunca se lo perdonará.

Entonces llegaron las dos R juntas y a continuación las dos A. Se sentaron en el living, rodeados de un silencio contagioso, y P dijo: podríamos leer algo para empezar. Un poema. Pero alguien, una de las R, dijo que a la mierda con todo y no leyeron nada. Fumaron.

A los pocos minutos se acabó la junta. Los miembros de P.A.R.R.A salieron por caminos diferentes. Tomaron micros

distintas, aunque al grupo entero le servía solo una, la misma, la que iba a La Reina, pero de todas maneras prefirieron perderse por las varias vías de Santiago y no ver a los demás por un buen tiempo.

El niño se levantó del asiento de la micro y tocó el timbre. Caminó instintivamente hacia el departamento. Algo raro había sucedido: como todas las mañanas, al detenerse en esa intersección, se fijó en el cuadro que estaría secándose en el balcón del departamento. Uno diferente por día. Ya era un rito en su vida. Pasar por la mañana, ver el cuadro, llegar en la tarde y anotar en su bitácora cómo era. Pero aquella mañana estaba la silueta de Mr. Nobody con una burbuja que decía *Ven* y lo tomó como si ese fuera un mensaje dirigido a él.

Tocó el timbre y se bajó de la micro.

La puerta del departamento estaba abierta. Era de esos edificios de mármol en la entrada, de cuatro pisos y con escaleras espaciosas. El niño subió hasta el último piso, hasta la ventana donde veía los cuadros desde que empezó a ir solo al colegio. Todos estaban ahí; también el que le había regalado a su padre; el de los conejos, el de sus sueños, que el que pintó en la clase de Arte.



Su padre estaba sentado en una silla de mimbre. Fumaba y tomaba café de una taza sin oreja.

Hola, le dijo.

Tenía las manos manchadas con pintura negra.

Qué bueno que viste mi mensaje desde la micro.

1997



El niño ya había dejado de ser niño. Había pasado el último año leyendo; seguía con los cómics, pero ahora la literatura le entusiasmaba más desde que un profesor suyo le recomendó *La granja de los animales* y *1984*. Los leyó de un tirón y le gustaron hartos. En especial *1984*, esa escena en que Winston Smith se escapa y va al prado verde con la chica. El prado verde era justamente como el que aparecía en su sueño recurrente. El de los conejos.

Ese sueño, en todo caso, ya había cesado. Pensó que era solo otra de las etapas que tiene que pasar los seres humanos para crecer. Al igual que el pelo facial y los estirones; otra de las malditas trampas que la pubertad va imponiendo.



20 de mayo, 1997

Ayer lo vi. Era él, sí, estoy seguro de que era él. Fue así:

Estoy en el baño de la Blondie. Suena “Muevan las industrias”. Me bajo el cierre y meo. Me lavo las manos y cuando me miro en el espejo veo a alguien, de espaldas, meando. Es viejo, se nota porque tiene algunas canas en un pelo oscuro y grasoso como el mío. Me quedo pensativo. Sale sin lavarse las manos. Está de negro: pantalones de cuero, camisa oscura y me recuerda a mi padre (lo que a su vez me recuerda que no voy a mi casa hace por lo menos dos semanas). Y, a lo lejos, lo observo de perfil y me recuerda aún más a él. Decido seguirlo. No alcanzo a secarme las manos. Vamos por los pasillos, pasillos mal iluminados de adrede en los que vampiros y góticos conversan o tiran en las esquinas. Ahora suena otra canción, una nueva de Depeche Mode que he escuchado en la Rock and pop. El tipo que se parece a mi viejo va por esos pasillos y yo voy detrás. Subimos unos escalones. Salimos de la Blondie y caminamos por la Alameda, con una distancia suficiente como para que no se percate de lo que sigo. Dobla por

una calle pequeña. Se detiene. Me escondo detrás de una esquina. Toca una puerta con tres golpes, tres golpecitos más bien, y luego dice algo que no alcanzo a escuchar porque estoy muy lejos y entra en esa casa.

Esa madrugada quedó frente a la entrada de una casona. La locación era Concha y Toro, Santiago centro. Hacía frío.

Había una inscripción a medio borrar en la puerta:

P.A.R.R.A.

Esa mañana, con el recuerdo de la Blondie aún su cabeza, la lengua reseca, bajó a hacerse desayuno. Su madre ya estaba en el trabajo. Era jueves. En la mesa del living había una nota.

Leyó:

*Trasnochar es un pésimo negocio,  
pero yo me tenía que lanzar.*

Fiesta de amanecida.

Junto a ese poema estaba el cuadro. Su cuadro; el de los conejos. Lo supo al instante, apenas vio el cuadro envuelto en un papel café y levemente transparente. Decía su nombre con un plumón azul oscuro. Dudó qué hacer. Se hizo unas tostadas con palta y les puso harto limón. Luego un té con miel y dejó pasar el día como si no importara nada. Cada vez que bajaba las escaleras veía el cuadro. Y se desesperaba un poco. Era como si el envoltorio café le dijera a gritos “ábreme, ábreme”, pero él se negara a hacerle caso.

Esa noche estuvo tocando la puerta por más de cinco minutos. Estaba seguro de que era él y que vivía ahí. Pero nadie salió. Hasta que se enojó y comenzó a darle patadas a la puerta. Fuerte, más fuerte y desde arriba, entonces, una señora apareció de uno de los balcones. Oiga, le dijo, qué hace. No ve que es tarde.

Él se calmó y le contó que buscaba a una de las personas que vivían ahí. Le debía algo. La señora le dijo que hacía tiempo que nadie vivía en esa casa. Hubo un tiempo que un grupo artístico la arrendó; traían rodillos, tarros de pintura, afiches y esas cosas. Pero ella nunca supo en realidad qué era lo que hacían esos hombres y, además, después de cierta fecha nunca más los vio. Entre los vecinos sospechamos que algo les había pasado. Que tal vez eran unos inquilinos muertos, dijo.

Le agradeció a la señora y caminó por la Alameda. Se le acercó un perro huacho. Llegó hasta La Moneda y ahí, luego que el perro se fuera ladrando tras las ruedas de un taxi, esperó el colectivo que lo dejaba en la puerta de su casa en La Reina. Llegó un poco antes de amanecer.



El niño abandonó su bitácora personal el mismo día que supo que no vería nunca más a su padre. Fue luego de entrar al departamento, después de ver los cuadros en las murallas. Entonces pensó en pegarle, pensó en uno de esos dibujos animados japoneses que veía cuando chico: ninjas ágiles y silenciosos que tenían que matar a su progenitor con un sablazo en el estómago. Esa era la prueba para que los aspirantes se convirtieran en guerreros reales ya que, como decía un personaje de uno de los tantos mangas que leía, matar al padre es la mejor forma de honrarlo.

Aquella ocasión su padre le mencionó algo de que estaba en una editorial universitaria, que trabajaba en eso: editando libros, leyéndolos cuidadosamente y corrigiendo pruebas. Al niño no le importó. Miró en derredor. Los cuadros apilados. Ahí estaban todos los que había visto a lo largo de 1994: la señora comiendo langosta, el de los tres tipos que parecen detectives caminando en el desierto, el del cadáver que era rescatado por dos carabineros con una soga, el guardián que salva niños de un precipicio, y el niño con la bolsa de papel en la cabeza y la mano extendida. Todos los que tenía anotados en su bitácora. Hasta que en un momento su vista se posó en otro de los cuadros; una imagen que colgaba de la pared. No pedía dejar de mirarla fijamente. Era amarillo, un amarillo cremoso, y lleno de

líneas negras irregulares. Decía Nudo en la esquina superior derecha y 4 en la inferior izquierda.

¿Te gusta?, le preguntó el padre. También tengo el de los conejos, el que me regalaste.

No respondió. El padre se acercó y descolgó el cuadro. Sopló el polvo acumulado en la superficie y se lo pasó al niño. Toma... llévatelo, le dijo.

Sin saber qué hacer, el niño salió del departamento. Corrió por los escalones de mármol como si se le fuera la vida en eso. Ya en la calle se subió a la primera micro que vio. Ni siquiera se fijó en el recorrido. Solo se subió. Permiso, dijo. Y el micrero le dio una mirada despectiva. Se sentó atrás.

Por la ventana vio la silueta de su padre saliendo a la calle. Fumaba un cigarro y tenía las manos en los bolsillos. Pese a estar calmado, el padre intentaba ver hacia dónde corrió el niño. Pero éste ya se había escondido en la micro.

Seguía andando en bicicleta. Ya había cambiado su antiguo modelo que ocupaba de niño por una mountainbike usada que consiguió en el Persa Bío-Bío. Paró en el negocio de René, la segunda R, para comprar charqui. En la televisión, en un programa cultural, alguien hablaba de la muerte de Ginsberg y de su visita en 1960, de la vez en que se perdió en el bosque, en Temuco, pero René apagó la tele y le pasó los gramos de charqui en una bolsa de plástico. Se los fue comiendo de a poco. Le dió sed. Pedaleó con fuerza mientras sintonizaba la Rock and Pop en su personal estéreo de plástico.

Los hermanos Tanenbaum duraron un año en el colegio. Fueron expulsados por una pelea que tuvieron con el niño. Todo comenzó porque el Tanenbaum chico hizo que Magdalena, la profesora de Arte, saliera llorando de la sala. Horas más tarde, en el patio, el niño lo encaró. El Tanenbaum le pegó en la nariz. Le sangraba tanto que pensó que iba a morir y, en esa desesperación, se volvió iracundo. Le devolvió el golpe y lo dejó botado en la cancha. Silencio. Muchos se acercaron a ver qué pasaba. Varios cuchicheaban. Otros gritaban queremos ver sangre correr, queremos ver sangre correr, desde lejos. Él no sabía qué hacer. Ahí estaba: al medio de la cancha con el Tanenbaum desmayado. Y de repente, entre la multitud, vio al Tanenbaum grande acercarse. Vio también que se ponía rojo y lo miraba fijamente y corría enrabiado hacia él. Pensó en *Hulk* y luego tuvo al Tanenbaum lo suficientemente cerca como para sentirlo respirar y entonces no vio más.

Despertó en la enfermería con su madre tomándole la mano. Sentía un gran dolor de cabeza y los nudillos le ardían como si hubiese golpeado un bloque de cemento por varios minutos.

Lo único que lo salvó de la expulsión del colegio fue que la profe de Arte lo defendiera. De no haber sido por ella, tanto los hermanos Tanenbaum como el niño tendrían que haberse ido. Pero Magdalena ayudó para que pudiera seguir en el colegio. Pese a eso, ella no continuó haciendo clases. Él se percató de aquello solo semanas más tarde, cuando llegó a clases y vio a la nueva profesora de Arte: una señora vieja, con facciones similares a un bulldog, que les hacía pintar paisajes de Chile. Les ponía, por ejemplo, fotos del Morro de Arica y ellos tenían que copiarlas fielmente en una hoja de bloc.

Pasó un poco menos de un mes leyendo cómics en el hospital. También dibujando y viendo televisión de vez en cuando. Pero se aburría bastante. A veces hablaba con su compañero de camilla: un anciano gringo que vivía en la calle y que -ahora recuerda, mientras lo escribe en su nuevo cuadernillo- tenía varias pintitas rojas y pequeñas en los brazos. El gringo solo hablaba de dos cosas. Primero de su estadía en Isla de Pascua, donde había ido para limpiarse después de años de adicción a la heroína, y le contó que en su peor momento ni siquiera se sacaba el chaleco para inyectarse. Y, segundo, de su teoría sobre la explosión del mundo en cualquier momento. Una guerra nuclear, decía. Te aseguro que va a haber una guerra nuclear pronto.

Justamente fue eso lo que recordaría, tres años más tarde, cuando leyó que los franceses estaban haciendo ensayos nucleares en alguna parte de la Polinesia. La sola imagen de una bomba atómica cayendo en un terreno isleño le parecía el comienzo del apocalipsis. Ahí estaban todas esas historias que había consumido en cómics y películas y que, de una u otra manera, anticipaban el fin. Asimismo pensaba en su sueño recurrente, el de los conejos, el de los tornados que caen y absorben todo y si eso -el sueño- tenía relación con los ensayos nucleares o con el gringo.

Había escuchado que al día siguiente se haría una protesta a nivel mundial contra los ensayos. Un minuto de silencio en que todos debían detener sus actividades y refugiarse bajo los bancos o escritorios.





Fue en medio de una clase cuando oyó las campanas y timbres del colegio. Era la señal para iniciar la protesta. Todos se agacharon y escondieron en sus pupitres. Bajo su banco, con las manos en la nuca, vio a todos sus compañeros en la misma posición. Desde la pizarra la profesora con cara de bulldog los miraba a la espera de que terminase la manifestación. Pensó una vez más en Akira: una bomba atómica explota pero su explosión son círculos, ondas que avanzan. Y luego intentó imaginarse el atolón de Mururoa. Pensó en una isla paradisíaca con palmeras, arena blanca y gente bronceada. De repente una explosión, una luz cegadora iluminaba el paisaje y todo quedaba en nada. Escombros y agua sucia.

Cuando el minuto de protesta terminó, él fue el único que siguió en la misma postura. Sus compañeros lo miraban de una forma extraña, a la vez que la profesora le repetía que la protesta había concluido. Pero él aún pensaba en esa nada y siguió firme en el mismo lugar. Siguió, incluso, después de que la campana del recreo sonara. Se sentía seguro con las manos en la nuca y resguardado bajo el pupitre.

# La soga de los muertos

También fui a Temuco. Me interesaban los araucanos y sus hierbas. Así que las busqué hasta que las encontré. Esas hierbas eran muy celebradas en la época. Producían efectos novedosos.

Entrevista a Allen Ginsberg,  
revista *APSI*, junio de 1987

Esto lo saben pocos, pero dicen que la tarde en que Ginsberg se perdió en el bosque, en Temuco, llovía como nunca. El beat quería chamico. Y le habían dicho, aunque tal vez en broma, o tal vez no, que lo podía encontrar en esa área. Lo cierto, o lo que por lo menos dicen, es que Ginsberg no encontró chamico. En medio del camino vio a una mujer con un pañuelo en la cabeza. Ginsberg se acercó. Le preguntó, en su español caribeño, de marino, si era araucana. La mujer rió y le dijo que ahí, acá, y allá, todos somos araucanos. Lo invitó a que la acompañara, a que caminaran juntos. No se me muera, mister, le dijo. Ya lo vi por el bosque, hablando solo, recogiendo hojas que guarda en esos libros y libretas que acarrea. Y el beat la siguió.

Ella le preguntó de dónde era. Ginsberg le contó sobre su viaje, le dijo que buscaba chamico, o cualquier alucinógeno la verdad, como la ayahuasca, porque un amigo la había experimentado en Ecuador, y le había contado todo. Ella le dijo que sabía dónde encontrar ayahuasca, una que solo crece en los bosques de Temuco y que, en su papel de intermediaria entre el pueblo mapuche y el wenumapu, o tierra de los dioses, ella conocía. Tú quieres la planta que te contacta con los muertos de tu vida, le dijo al beat. Porque ayahuasca significa justamente aquello: la sogá de los muertos, le dijo, la sogá con la cual los muertos pueden hacer contacto con nosotros, los vivos, y viceversa, y lo siguiente que recuerda Ginsberg fue un líquido negro oleoso y fosforescente, amargo, y las primeras náuseas.

Horas más tarde, luego de beber el líquido, Ginsberg abrió los ojos. Vomitó. O tal vez ya estaban abiertos, y ya había vomitado, pero no lo sabía ni lo recordaba. Cuanto más uno se satura más hondo se llega, se visita la luna, se ve a los muertos, a Dios, se ve a los espíritus de los árboles, escuchó. El vómito se guarda porque es parte del ego que uno desprende. Ginsberg no estaba en las afueras del bosque, estaba dentro de él, en el núcleo verde, virgen y casi selvático. Rodeado de árboles gigantes y milenarios; de troncos gruesos y anchos. Veía figuras borrosas encaramadas en esos árboles. Personas que alguna vez conoció pero que ya estaban muertas: su madre, su padre, el rabino que le hizo el bar mitzvah, un tío granjero en Kansas que falleció de cirrosis, el hermano gemelo que murió cinco segundos después de haber nacido, poetas adictos a la heroína, músicos folk asesinados en protestas por la policía. Lo agarraron unas náuseas violentas y vomitó de nuevo. Eran sus caras, sí, pero también eran manchas borrosas como pintadas con un trazo diluido. Lo miraban. Le hacían señas. Y Ginsberg levantaba la cabeza, intentaba enfocar la vista, discernir quién o quiénes eran los que lo llamaban desde arriba, esos presencias larvales, difusas, pero lo único que podía ver eran sogas y sogas que caían desde el cielo.



## Nota a esta nueva edición

El escritor chileno José Santos González Vera –nuestro escritor minimalista–, corregía y disminuía las nuevas ediciones de sus libros. A veces sacaba tanto material que muchos lectores temían la desaparición de su obra. Me gusta la idea y el espíritu del autor de *Alhué*, a quien leí en profundidad cuando escribía esta novela que ahora, cinco años luego de su primera edición, alcanza una segunda vida. Como las ficciones minimalistas de González Vera, el tiempo no hace más que disminuir y modificar lo que uno ha escrito. Los libros son inestables. Y por eso esta versión de *La sogá de los muertos* ha sido remixeada y editada.

Pero no solo eso.

Los libros tiene su voluntad propia, a veces trágica, y de ahí también la necesidad de un postfacio para esta segunda edición. Varios meses, más bien un año más tarde de ser publicada, cuando ya casi no quedaba rastro de la novela en librerías, J. apareció como flotando, colgado de las vigas de una casa de madera, no muy lejos del barrio donde el niño de la bitácora anda en bicicleta. La historia

es larga, pero solo diré que J. y yo estábamos relacionados, y que esa semana recibí varias llamadas de periodistas porque yo y J. éramos parientes, sí, pero más que nada porque J. tenía una copia de la novela en su biblioteca, y J. se había ahorcado, con una soga, luego de haber sido maestro de ayahuasca por más de veinte años. Acá debería explicar, sin ahondar demasiado, que hay una rama de mi familia bastante hippie, o alternativa, y de la cual J. era el exponente más radical, el que se fue de la casa tempranamente y solo de vez en cuando recibíamos noticias. Según lo que me enteré, la copia de su novela tenía anotaciones en varias de las páginas. Y mi dedicatoria.

Dice el narrador de *El mundo según Garp*, la novela de John Irving que también leí durante el proceso de escritura de *La soga de los muertos*, que solo la intensidad de la memoria mantiene a los muertos vivos. Me imagino que por respeto, y luego por temor, pocas veces me he referido a esta historia. Pero ahora es momento de avivar la memoria. Y que sea a través de la ficción.

ADO, NYC 2015









### **Novedades:**

Ana no duerme y otros cuentos – Keila Vall de la Ville

Carlota podrida – Gustavo Espinosa

De la Catrina y de la flaca – Mayte López

El bosque de los abedules – Enza García Arreaza

Exceso de equipaje – María Ángeles Octavio

Hormigas en la lengua – Lena Yau

Intrucciones para ser feliz – María José Navia

La autopista: the movie – Jorge Enrique Lage

La ciudad de los hoteles vacíos – Gonzalo Baeza

La Marianne – Israel Centeno

Moscow, Idaho – Esteban Mayorga

Música marciana – Álvaro Bisama

Nombres propios – Cristina Zabalaga

Praga de noche - Javier Nuñez

Puntos de sutura – Oscar Marcano

Que la tierra te sea leve – Ricardo Sumalavia

[www.sudaquia.net](http://www.sudaquia.net)





**Otros títulos de esta colección:**

- Acabose – Lucas García  
El azar y los héroes – Diego Fonseca  
Barbie / Círculo croata – Slavko Zupcic  
Bares vacíos – Martín Cristal  
Blue Label / Etiqueta Azul – Eduardo Sánchez Rugeles  
Breviario galante – Roberto Echeto  
C. M. no récord – Juan Álvarez  
Con la urbe al cuello – Karl Krispin  
Cuando éramos jóvenes – Francisco Díaz Klaassen  
Desde Alicia – Luis Barrera Linares  
El amor en tres platos – Héctor Torres  
El amor según – Sebastián Antezana  
El espía de la lluvia – Jorge Aristizábal Gáfaro  
El fin de la lectura – Andrés Neuman  
El inquilino – Guido Tamayo  
El Inventario de las Naves – Alexis Iparraguirre  
El síndrome de Berlín – Dany Salvatierra  
El último día de mi reinado – Manuel Gerardo Sánchez  
Experimento a un perfecto extraño – José Urriola



Florencio y los pajaritos de Angelina su mujer – Francisco Massiani

Goø y el amor – Claudia Apablaza

Hermano ciervo – Juan Pablo Roncone

Intriga en el Car Wash– Salvador Fleján

La apertura cubana – Alexis Romay

La casa del dragón – Israel Centeno

La fama, o es venérea, o no es fama – Armando Luigi Castañeda

La filial – Matías Celedón

La huella del bisonte – Héctor Torres

Las islas – Carlos Yushimito

Los jardines de Salomón – Liliana Lara

Médicos, taxistas, escritores – Slavko Zupcic

Nostalgia de escuchar tu risa loca – Carlos Wynter Melo

Papyrus – Osdany Morales

Punto de fuga – Juan Patricio Riveroll

Sálvame, Joe Louis – Andrés Felipe Solano

Según pasan los años – Israel Centeno

Tempestades solares – Grettel J. Singer

Todas la lunas – Gisela Kozak



